



# De adversidades y alianzas

*El Financiero - 29 de junio de 2017*

---

Seguramente no somos el segundo país más violento de la tierra. Tampoco estamos en los escalones más bajos de los niveles de vida o de pobreza; mucho menos en lo tocante a la llamada pobreza extrema, que algunos llaman todavía indigencia o miseria. Lo que no evita reconocernos como una nación donde las familias y las personas sin recursos suficientes para una alimentación adecuada y formas de vida decorosas son legión y, también, como una de las sociedades con mayor concentración del ingreso, en el continente marcado por los mayores índices de desigualdad.

Aquí estamos, entre este nefasto *hit parade* de la penuria y la injusticia y los primeros quince puestos en lo tocante al tamaño de la economía, medido por la magnitud del PIB. País en desarrollo pues, aunque abrumado por índices múltiples que más bien nos refieren a una situación de atraso y subdesarrollo.

Y no porque estemos “antes” del desarrollo, en una interminable lista de espera, sino porque con todo “somos contemporáneos de todos los hombres”, como quería el poeta Paz, pero también portadores de muchas malas prácticas y peores vivencias que, en estos tiempos de anomalías económicas y sociales, nos remiten a los peores registros de la existencia social, individual y de grupo.

La desigualdad económica y su traslado a las formas de vida y subsistencia social ha marcado prácticamente toda nuestra vida como nación independiente, pero los documentos de la historia nos dicen que esta circunstancia se implantó entre las comunidades originarias con la colonia y el virreinato. Si no es que desde antes, cuando reinaba el Tlatoani.

Las diversas irrupciones de hartazgo popular e ira de sus contingentes más despiertos



hablan de que, contra todas las apariencias, los pueblos y comunidades que llegaron a conformar la nación y sostener a su Estado, nunca han estado conformes con el modo de distribuir esfuerzos y riquezas. Que el reclamo social, redistributivo, ha acompañado las más diversas movilizaciones políticas por el poder o en defensa de una soberanía. Hasta nombrarlo justicia social y volverlo consigna constitucional.

El país se fraguó frente a la adversidad y, cuando se pensaba que la proveniente del poder imperial más próximo había sido modulada, surgió el fantasma de un chovinismo obscuro que nos puso frente al ennegrecido reflejo de la desfachatez majadera que, cinismo por delante, dice querer dar voz a los más desfavorecidos por el cambio portentoso en la técnica y el intercambio del mundo entero. Y en esas estamos.

En tanto, la presencia del mal empleo por precario y mal pagado contrasta con los índices de ocupación que se celebran casi a diario, mientras que la violencia criminal se apodera de lo que queda del ánimo social, para someternos a un alucinante laberinto de pavor que en Veracruz y Guerrero ha calado hondo en estos días.

México merece otra perspectiva, una que sólo puede otorgar la política. No son nuestras obvias incapacidades y pulsiones a errar las que explican lo que nos pasa. Es la falta de voluntad y destreza para unir voluntades y poner bajo recaudo la ambición de poder y de poseer, donde encontramos explicaciones más certeras a este viscoso nudo ciego en el que estamos amarrados.

Más que seguir minando el poder del Estado, como parecen quererlo muchas “almas puras”, la política que se necesita apunta a la reconstrucción estatal y la reforma rigurosa del ejercicio del poder, para dotar a sus órganos de gobierno de la sensibilidad mínima indispensable para tiempos de angustia y emergencia como los que hoy vivimos.

Dar refugio y aliento; ofrecer rumbo; demostrar control del timón, es lo que muchos esperan de una política hoy adormecida por la pequeñez, pero aún viva y hasta vibrante cuando se despliega en voluntad popular de rechazo a la violencia, aprecio por las artes y la cultura, la educación y el respeto por lo otros, como ha sucedido en los peores momentos como los que han vivido el estado de México o Coahuila.

Dar por muerta la política es terminar con una gesta popular arcana pero no inventada; buscar poner en la picota lo mejor que nos han dado la imaginación histórica y la solidaridad social a lo largo de casi dos siglos de dura vida independiente.



Unas alianzas que no ofrecen espacio para que algo como esto pueda recrearse, simplemente no valen la pena. De antemano, están fuera de la historia; una historia pródiga en alianzas y composiciones imaginativas e innovadoras. Lo que este tiempo amargo exige y no vulgares transacciones de compra-venta sin recato.